

AGENDA CIUDADANA

EL GRAN DEBATE

Lorenzo Meyer

Estados Unidos y el Resto del Mundo.- Los acontecimientos en Irak marchan hoy por caminos imprevistos, al menos imprevistos en Washington; los supuestamente liberados quieren liberarse ya de sus libertadores. En cualquier caso, la situación está forzando a todos los actores relevantes dentro de Estados Unidos y la coalición que armó para legitimar su intervención en el 2003 en la antigua Babilonia –España en particular- a replantearse los términos en que la superpotencia se debe relacionar con el mundo.

Y ese debate, a querer que no, implica que en el resto de la comunidad internacional también tienen que llevar a cabo un ejercicio equivalente alrededor de una cuestión clara y simple pero que puede tener respuestas múltiples, complicadas y contradictorias: ¿qué postura debe asumir cada actor internacional de cara a la posición y a las demandas de Washington? México, en su calidad de país atrasado, dependiente, con una economía que no crece, vecino y socio comercial de la superpotencia en el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte, tiene más urgencia que otros por encontrar una respuesta correcta. Y cualquiera que sea la definición que Washington adopte sobre su papel en el sistema mundial, nuestro país está obligado a poner en orden sus ideas y redefinir su proyecto y estrategia en función de ese contexto y de su interés nacional.

El Preámbulo de un Gran Debate.- El último gran debate en torno al concepto de seguridad que se dio en Estados Unidos tuvo lugar poco después de concluir la II Guerra Mundial. El resultado fue una definición del comunismo soviético como un proyecto perverso de dominación global –la posguerra fría ya ha dado lugar a un revisionismo que pone en duda la validez de esa idea, pero ese es otro asunto-- y por eso Washington decidió mantener a cualquier costo una superioridad militar como la única manera de

contener al “mal” –el comunismo-- y defender su seguridad. El resultado fue una carrera armamentista y un complicado sistema de alianzas que terminaron por dejar exhausta a la Unión Soviética y hacerla inviable como superpotencia. El centro del sistema de alianzas de Washington fue la Organización del Tratado del Atlántico Norte de 1949 (OTAN), pero también incluyó a la América Latina --Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca de 1947-- y a Asia y a Australia --Organización del Tratado del Sudeste Asiático de 1954. La reacción soviética fue el Pacto de Varsovia de 1955, un muy duradero tratado de amistad chino-soviético y muchos acuerdos bilaterales con países del Tercer Mundo.

El mundo de la Guerra Fría se enmarcó dentro del “equilibrio del terror” entre las dos superpotencias atómicas pero también implicó un sistema de negociaciones y de acuerdos internacionales que obligaron a un toma y daca lo mismo entre rivales que entre aliados y con numerosos terceros. La gran organización mundial, las Naciones Unidas, no pudo funcionar como se suponía porque sus componentes resultaron ser todo, menos unidos, pero dentro de la ONU y al margen de ella, los dos polos del sistema mundial tuvieron que ceder en varias ocasiones en función de intereses de los aliados, de los “no alineados” e incluso del adversario. La URSS, por ejemplo, cedió en Yugoslavia o Afganistán y Estados Unidos en Cuba o Vietnam. En el sistema de la Guerra Fría, la imposición unilateral de las prioridades de una de las potencias al resto del mundo era, por definición, imposible. Sin embargo, esa situación cambió dramáticamente con la desaparición de la URSS, o al menos eso es lo que pretende hoy Estados Unidos, y ese es el centro del gran debate dentro y fuera de Estados Unidos.

Los Nuevos Términos.- Hasta el fin de la Guerra Fría, la política mundial fue un constante tejer y destejer de alianzas y acuerdos entre actores grandes, medianos y pequeños. Sin embargo, a partir del cambio en la naturaleza del sistema internacional al

final del siglo XX, la superpotencia ganadora, Estados Unidos, decidió abandonar su política de negociación de acuerdos para su seguridad y la substituyó, abiertamente, por la imposición: por el unilateralismo basado en su aplastante superioridad militar. Tras la invasión norteamericana de Irak en el 2003, la Casa Blanca ha dejado en claro que los términos en que defina su seguridad no van a ser negociados con nadie y sí, en cambio, los impondrán sobre el resto del mundo, por la buena si es posible, pero a sangre y fuego de ser necesario. Esa es la raíz del “derecho” norteamericano al ataque preventivo.

Armado de las ideas anteriores, el gobierno de George W. Bush le hizo saber al resto de la comunidad mundial --a la ONU como conjunto y a cada uno de sus miembros en lo individual--, que sólo hay un país realmente soberano: Estados Unidos. En efecto, si soberano significa que, llegado el momento, un Estado toma efectivamente sus decisiones por sí y ante sí, sin dar cuenta de sus actos a nadie más, entonces sólo Estados Unidos tiene la fuerza y la voluntad para hacer efectiva su soberanía frente al resto del mundo. Y por lo que hace a ese resto del mundo, resulta que está obligado a rendir cuentas a Washington cuando su idea de seguridad nacional lo demande. Quien se niegue a reconocer esta obligación correrá la suerte del dictador Saddam Hussein o será perseguido por todo el planeta, como Al Qaeda. En suma, el lema implícito del actual imperio global es: “no respondemos ante nadie y todos responden ante nosotros”.

La Definición de Seguridad de la Extrema Derecha Norteamericana.- Hace tres lustros, Estados Unidos quedó como la única superpotencia al desintegrarse la Unión Soviética, pero tardó en elaborar su actual doctrina del unilateralismo y el ataque preventivo. El primero de los Bush envolvió sus acciones en la Guerra del Golfo en 1991 con el manto de la legitimidad de la acción colectiva autorizada por Naciones Unidas en contra de quien había invadido Kuwait el año anterior: Irak. Luego, el presidente

Clinton mantuvo la idea de unos Estados Unidos dispuestos a considerarse *primus inter pares* en el sistema internacional y, por tanto, a tomar en cuenta el parecer de los otros.

A raíz del nada claro triunfo electoral del segundo de los Bush en el 2000, llegaron a los puestos de mando en Washington un grupo de ideólogos de derecha decididos a explotar al máximo la enorme superioridad militar norteamericana para imponer a todos --a antiguos adversarios lo mismo que a antiguos aliados-- sus condiciones y prioridades sobre seguridad. Al menos esa es la tesis contenida en el libro de un periodista de Los Angeles Times hoy en el Center for Strategic and International Studies de Washington, James Mann, Rise of the Vulcans: The History of Bush's War Cabinet, (Viking, 2004). El grupo de “vulcanos” –el fogoso mote se acuñó en el 2000— no es numeroso pero sí poderoso. Su centro lo forman el vicepresidente Dick Cheney, el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, el subsecretario Paul Wolfowitz, el secretario de Estado Colin Powell, el subsecretario Richard Armitage y la consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice. La suya es la visión del mundo de la derecha republicana.

Lo que actualmente se está aclarando en el gran debate dentro de Estados Unidos, es si la definición de la seguridad norteamericana del segundo Bush –el unilateralismo y el ataque preventivo— es resultado del ataque de Al Qaeda a Nueva York y Washington el 11 de septiembre del 2001 o es anterior. El antiguo secretario del Tesoro de Bush, Paul O'Neill y el antiguo coordinador de contraterrorismo de la Casa Blanca, Richard A. Clarke, en sendos libros, The Price of Loyalty (Ron Suskind, el autor, elaboró el material aportado por O'Neill) y Against All Enemies, han dejado en claro que desde el inicio mismo de su presidencia y siguiendo la línea de pensamiento de los “vulcanos”, la actual administración norteamericana tenía en mente poner fin al régimen de Saddam Hussein en Irak independientemente de lo sucedido en septiembre del 2001. La invasión de Irak no fue una acción contra el terrorismo –Hussein no tuvo

lazos con Al Qaeda ni poseía ya armas de destrucción masiva— sino del primer paso para reordenar de manera unilateral y en función de los intereses norteamericanos al Medio oriente, región inestable pero de gran riqueza petrolera.

La Propuesta del Conservadurismo “Razonable”.- Una alternativa conservadora pero “razonable” a los “vulcanos” –que están divididos entre el extremismo del vicepresidente o del secretario de Defensa y una posición menos dura del Departamento de Estado-- es la que acaba de presentar en su último libro quien fuera consejero de Seguridad Nacional del presidente James Carter: Zbignew Brzezinski. En The Choice. Global Domination or Global Leadership, (Basic Books, 2004), sostiene que si bien Estados Unidos es más poderoso que nunca, no lo es tanto como para pretender una soberanía absoluta –“sólo yo decido como, cuando y donde actúo para defender mi seguridad”— mientras al resto del mundo sólo se le autoriza una soberanía relativa, es decir, una que no interfiera con la norteamericana.

Para mantener y reforzar una seguridad de largo plazo en “los Grandes Balcanes” --Medio Oriente y Asia Central--, sostiene Brzezinski, Washington hoy tiene que negociar con las otras grandes democracias para que, juntos, introduzcan estabilidad efectiva en esa región petrolera e islámica, atacando las raíces del terrorismo y no sólo al terrorismo mismo. Y esas raíces son los viejos y nuevos problemas no resueltos –el conflicto palestino, los desequilibrios generados en los países periféricos por las fuerzas económicas de la globalización, la incapacidad de buen número de regímenes árabes de modernizarse—. La solución es complicada, de largo plazo y Estados Unidos, por si mismo, no puede asumir ni el costo ni la responsabilidad. Al final, la tesis de Brzezinski es que nunca se podrá defender la seguridad norteamericana sin ayuda externa. Y para lograr esa cooperación, Washington debe forjar no coaliciones *ad hoc* como la que hoy se encuentra en problemas en Irak –pocas tropas británicas al lado de

muchas norteamericanas, españoles auxiliados por salvadoreños, polacos asistidos por búlgaros, etcétera--, sino alianzas más firmes e institucionales como la OTAN y, desde luego, volver a negociación con las humilladas pero legítimas Naciones Unidas. Al fin de cuentas, lo conservador-realista es que Estados Unidos no busque el dominio sobre el resto del mundo sino un liderazgo cuya base fundamental no pueden ser las 725 bases o puestos militares que hoy el Pentágono tiene fuera de sus fronteras, sino la legitimidad de sus principios y políticas. Esta propuesta, que puede ser debatida, es mejor que la de los “vulcanos”. Sin embargo, es mucho más fácil enunciarla que ponerla en operación.

¿Y Nosotros?- Fuera de Estados Unidos, en el resto del mundo, incluyendo a México, es donde debe llevarse el debate americano más lejos, a sus extremos lógicos. Es necesario sacar la discusión de su contexto imperial e insistir en que la superpotencia debe atenerse a una definición de seguridad nacional que sea compatible con la seguridad del resto del mundo, la colectiva. Se trata de elaborar un esquema de relaciones que, por un lado, impida que la comunidad internacional permanezca indiferente mientras tiene lugar un genocidio en una sociedad pobre y en una geografía sin petróleo, como fue el caso de Ruanda o que deje hacer al ocupante lo que quiera con el ocupado, como es hoy el caso de Israel en Palestina. Deberá ser un esquema que no legitime acciones unilaterales y ataques preventivos con argumentos indemostrables, como le sucedió en un Irak acusado no de tener un régimen tiránico, sino de poseer armas de destrucción masiva que no existían. Debe de ser un acuerdo que no permita hacer de Saddam Hussein u Osama bin Laden, personajes aceptables en una época – como sucedió cuando luchaban contra los soviéticos o los ayatolas--, para luego convertirlos en inaceptables a pesar de que su naturaleza sea, en esencia, la misma. Debe buscarse una definición de seguridad nacional e internacional que vaya más allá de lo

militar e incluya limitaciones para todos en ámbitos diversos, como lo señala el acuerdo de Kyoto en relación al medio ambiente global.

En suma, los responsables de elaborar y dirigir la política internacional de cada uno de los miembros del sistema mundial, deben sumarse al gran debate para sacarlo de Estados Unidos y hacerlo mundial, pues es el interés de todos el que está en juego.